



CAPÍTULO I

Ahí estaba, delante de ella, la fachada este de la mansión. El sol de la tarde a sus espaldas formaba su silueta de sombra, delicada, que apuntaba a la escalera de nueve escalones que subía hacia la entrada. El dibujo de penumbras de su sombrero lograba formar una elegante parábola, que aunque el sombrero era circular, se deformaba con la inclinación del sol. Los dos perros de fierro forjado hacían guardia a ambos lados sobre sus pedestales. Miraban fijamente y hasta llegaban a hacer pensar que si se hacía un movimiento podrían saltar encima del visitante o moverle la cola a ella, como ama de la casa. Podía observar su propio contorno de sombra en que destacaba su cintura, de la que aún podía sentirse orgullosa, y el vestido umbrío contrastando con el original, lleno de colorido primaveral. Estaba sola, lo que era muy raro, puesto que siempre la acompañaba alguien, de su comitiva formada por familiares o institutrices. Ella quiso estar sola en ese momento. Era una despedida en solitario. No quería que nadie le hablara. Quería pensar, responderse a sí misma y sentir esa soledad momentánea, que para ella era muy rara. En cualquier momento saldría alguien y la acompañaría.

Había una semirotonda de tres lados que sobresalía de la fachada y que llegaba hasta el techo del segundo piso. La cornisa que la coronaba estaba un poco más alta que la cornisa que rodeaba toda la casa. Una puerta con cristales te invitaba a entrar, con un pequeño balcón de fierro forjado sobre ella. Dos ventanas a cada lado, al igual que en el segundo piso. En la esquina del lado derecho había una habitación hexagonal, como si fuese un quiosco que se quisiera desprender de la casa. Lo parecía, porque cada lado tenía una ventana amplia y el techo estaba a la altura de donde terminaba el primer piso, con una aguja metálica en medio de su tejado.

Lo había pensado por varios años. Ahora, por fin, lo iba a comenzar a hacer realidad: derribar esa gran casa que la había inquietado por tanto tiempo, una casa enorme que los había enorgullecido a todos, pero que después de la visita de la baronesa supo que realmente la avergonzaba. No era digna de su familia y menos de ella.

Por un tiempo, que pudo haber durado algunos años, le pareció bien para ser habitada por ella y su familia. Sin embargo, en un determinado momento la encontró poco elegante. Fue en octubre, un mes en que el frío se estaba alejando y el viento había dejado de soplar fuerte en las ventanas y puertas de la sólida casona, cuando el enorme y elegante yate se introdujo en la bahía de Lota.



CAPÍTULO II

Don Matías había planeado la boda de ambos: de su hijo y su hijastra, una hijastra que no conoció otro padre que él. Por eso decidió que debían vivir en una casa mucho más grande. Si iban a venir y vivir en Lota una buena parte del año, entonces tenían que tener una casa de tamaño adecuado para un clan familiar: su esposa, Doña Luz; su hijo Luis; el hijo de Doña Luz, Emeterio Goyenechea; y la hija de Doña Luz, es decir, ella, Isidora; los hijos que vendrían, la servidumbre y las numerosas visitas que recibirían en el transcurso del año.

Parecía que se habían casado entre hermanos, sin embargo, desde niños se

les dijo, continuamente, que no lo eran, que nunca lo fueron. Después, en la adolescencia, se les había ido indicando que su destino era casarse, puesto que la fortuna Cousiño-Goyenechea no podía salir del seno de la familia. Ese era el motivo. Pero la verdad es que ella y Luis se amaban y jamás pensaron que podían casarse con alguien más. Ella nunca se lo preguntó y no había otra posibilidad que no fuese Luis. Para él –se lo dijo más de una vez– pensar en casarse con ella era como respirar. Siempre la quiso. Se les dijo que aunque vivían juntos como si fuesen hermanos y ambos llamaban papá y mamá a los padres de ambos, no eran hermanos y que no podían serlo, puesto que si así hubiese sido, no se podrían casar.

Cuando se enamoró y luego se casó con Luis, tenía la sensación de que esa felicidad, la felicidad verdadera, no se iba a terminar nunca. Un momento sucedía a otro, tal como un día continuaba al anterior, plenos de esa sensación que produce el bienestar permanente, cuando se ama y se es amada, agregando que todo lo que deseaba era cumplido por su amado esposo. Ella cuidaba y atendía a sus hijos, mantenía ocupada a la numerosa servidumbre, las institutrices, los niños y vivía para atender a su esposo; el mejor que podía haber tenido una mujer, cualquiera que esta pueda haber sido. Si no lo hubiese conocido desde que era niña, y sí como mujer adulta, lo podría haber visto como un príncipe bajando o subiendo de su elegante coche, con la flor en su ojal, con su sonrisa encantadora, la cual no se puede apreciar en sus retratos y fotografías, porque para posar no se puede hacer sonriendo.

Es curioso lo que pasó entre ellos mientras crecían. En realidad se habían criado como hermanos. Comían todos juntos en la mesa, eran una familia, no obstante, tenían plena conciencia de que no eran de la misma sangre; eran sólo hermanastros. Ella casi siempre cercana a su madre. Luis acostumbraba a salir con su padre, puesto que este quiso que se familiarizara desde temprano con sus negocios. Ella pensaba, sin haberlo comentado con nadie, puesto que siempre fue bien reservada con sus pensamientos más íntimos, que Don Matías temía morir en cualquier momento; tal vez de ahí venía esa actividad casi frenética, el querer realizar un negocio, una compra, un viaje.